

OTRAS RAZONES

LIQUIDADORES DE LA POLÍTICA

La vida anti-política de aquella profunda Dictadura de la mitad de un pueblo sobre la otra no terminó con la vida del dictador que la expresaba. La ausencia de libertad política para definir y formar el poder civil en el Estado puede ser el resultado de una prohibición de derecho o de una interdicción de hecho. Porque el monopolio del poder lo garantiza tanto un partido único en el Estado de la Administración, como varios partidos constituidos en partes del Estado de la Política, que es la índole del actual. El método de la Dictadura, eficaz pero rudimentario, liquidó llanamente la política en la Sociedad civil, como en el Estado administrativo. Nadie se ha dado cuenta de la verdad que encierra la confesión de Franco, nada irónica, cuando aconsejó a uno de sus antiguos amigos que, como él, ¡no hiciera política! No es que el Generalísimo confundiera la política con el politiquero, según creen los intérpretes de aquella frase. La conservación del poder no era para el dictador una actividad política, cosa inconcebible sin libertad de acción o sin conspiración, sino pura aplicación de la fuerza represora del Estado a sus oponentes. O sea, mero asunto administrativo.

La misma finalidad de la Dictadura, pero limitada a garantizar la falta de libertad política en el seno de la sociedad civil, se puede conseguir con otros medios de menor violencia física y mayor fraude moral. El Estado de partidos lo demuestra desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los sucesores del partido único, constituidos en «partitarios» únicos del Estado de la Política, continúan asegurando la falta de libertad política en la Sociedad. La Constitución y el Consenso ahogan con una oleada de libertades públicas la matriz colectiva de todas ellas. En lugar de prohibir indiscriminadamente la libertad política en la sociedad civil y en el Estado, como hizo la Dictadura, el Régimen de Partidos la retira de la Sociedad y la recluye en el Estado. ¿Cómo? Dando a los partidos la exclusiva constitucional de la acción política y convirtiéndolos en órganos del Estado. De esta manera, el Estado plural, de varios partidos, disimula la falta de pluralidad política en la Sociedad. Los electores ratifican o modifican las cuotas de poder dentro del bloque constitucional de partidos estatales. Formalmente, en virtud de la Constitución y de la Ley Electoral, el campo de acción de la política está en el Estado, en la competición de los partidos estatales por tener mayores cuotas de poder estatal. Es el Estado de la Política.

Pero la realidad de los hechos sociales se venga de las formas ficticias que los disimulan. Y el lenguaje ordinario delata el fraude cometido contra la libertad política en la Sociedad. Los propios partidos, y los medios de formación ideológica de las masas, se ven obligados a emplear constantemente la expres-

sión «políticas de Estado», con violencia del significado singular e inequívoco de «la» política y sin que entre en la imaginación de nadie hablar de «políticas de Sociedad». La acción política está

en el Estado, en los tres partidos estatales, por no hablar más que del Gobierno del Estado. Pero sus políticas de Estado no se refieren a distintas filosofías sobre el ejercicio del poder, pues todos ellos defienden la oligárquica, sino a las propuestas administrativas que cada partido considera ser merecedoras del consenso de los demás. No son «políticas» distintas, sino medidas administrativas del Estado plural en una sociedad monolíticamente integrada en la Autoridad por los partidos estatales. politizadas las funciones del Estado, incluso la Justicia y la concesión de licencias de explotación de servicios públicos, la Sociedad se despolitiza. Y los partidos se enorgullecen de haber liquidado fuera del Estado, en aras de la paz social, no sólo la libertad política, sino la política misma. Es la dictadura plural.

Antonio GARCÍA TREVIJANO



BUERO: LA RESISTENCIA CREADORA

La triste pérdida de Antonio Buero Vallejo levanta en mí toda una oleada de recuerdos, como sin duda le ocurrirá a muchos españoles y españolas, así como a tantas personas de otros países que admiran y estudian la obra teatral que nos ha dejado el gran autor. Y, mirando atrás, me viene a las mentes la impresión que, allá, a fines de los cuarenta, cuando era un estudiante de filosofía, me produjo asistir a la representación de su drama «En el ardiente oscuridad». La lucha entre el conformismo, la resignación acomodada en que se educaba a los ciegos del drama, para que olvidaran su mal, y la rebeldía desgarrada, en que la esperanza brota en medio de la desesperación, en el personaje central de la obra, no podía dejar de conmover y sacudir a los espectadores, entre ellos a quien, como yo, en aquella lejana juventud, trataba de encontrar la verdad en la filosofía y en la vida oscura, ennegrecida también, como los personajes del drama, en los años de postguerra. Y, ahora, al evocar aquel contacto primario con los mensajes teatrales de Buero me asombra caer en la cuenta de su enorme actualidad. Porque también hoy, tanto en España como en todo el planeta, se reproduce el combate entre la instalación resignada en un mundo mezquino que se nos presenta como el me-



jor de los posibles, el mundo del pensamiento único, de la globalización, y, frente a él, la sublevación en el anhelo de una realidad en que no sólo se liberen las miserias físicas de nuestra sociedad sino sus lacras morales y alcancemos una humanidad a la altura de nuestras posibilidades de auténtica realización. La potencia creativa y crítica frente al refugio en las ilusiones que el poder teje, tratando de apresarlos en ellas.

Ya antes de la representación que evoco, Buero se había dado a conocer innovadora y brillantemente con las «Historias de una escalera». En los escenarios dominados por un convencional teatro de cartón-piedra que exaltaba retóricamente los vacuos mitos de la mentalidad oficial, irrumpió el espectáculo de la frustrada vida cotidiana en los modestos sectores de nuestra sociedad. La intrahistoria, que diría Unamuno, frente a la historia de trompetaría. Y ya que he citado a Unamuno, añadiría que también «En el ardiente oscuridad», con su exaltación «agónica» por la búsqueda de la verdad, por la «vida de veras», había un fuerte componente unamuniano. Una veta detectable en la obra de Buero, admirador del gran pensador y escritor vasco, como me manifestó en alguna conversación comentando mi libro sobre Unamuno.

Fueron las obras que evoco, el principio de un largo itinerario en que Buero Vallejo siguió manteniendo la tensión entre el relato de la cotidianeidad —una realidad cuya importancia en el pensamiento ha ido recuperando la izquierda— la parábola simbólica —que, aun siendo una necesidad en aquellos tiempos de escritura en clave, ha ido dando a su obra una riqueza inagotable de lecturas posibles— y la reconstrucción crítica de nuestra historia. Así, el teatro de Buero se levantó frente a la evasión y la trivialidad, tan difundidas en nuestros días, como una gran creación del mayor rango estético, a la par que crítica y comprometida con todos estos aspectos de nuestra vida desde el pasado al presente... Una creación animada por su insobornable, militante, fidelidad al proyecto transformador de nuestra sociedad. Y la asistencia a las sucesivas representaciones de las obras de Buero se convertían en una fiesta, en una catarsis en que el teatro adquiría toda su grandeza.

En la última etapa de su vida pudo Buero presenciar el triunfo de algunos de los ideales a que había entregado su vida con la extinción de la dictadura, la constitución de la democracia y la conquista de las libertades, aunque sin duda sus ambiciones sociales llegaban mucho más lejos, aspirando a un mundo superador de las relaciones de explotación y dominación, que hoy vemos, desgraciadamente, fortalecerse y agudizarse. Y al contemplar ahora su obra y su ejemplaridad humana, la vemos destacar en medio de algo que no podemos olvidar: la resistencia a la tiranía, a la cual no se doblegó lo mejor de la sociedad española y que dejó importantes realizaciones en el terreno de la cultura, aunque hoy el intento de borrar aquellos años de lucha y sus altos proyectos políticos pretende mutilarnos de tal realidad histórica en el pacto de la transición y su amnesia.

Carlos PARÍS

LA VENGANZA

La mayor parte de los analistas intentan descifrar las razones por las que Eta continúa su imparable fábrica de asesinatos. Los análisis, por lo general, pueden valer. El último, y más probable, es que Eta quiere reducir a cascotes al PNV en un «abrazo del oso» (tal vez para no ser a su vez abrazado) y así recaudar todo el *abertzalismo* en una cruzada antiespañola. Puede ser verdad, y eso hablaría de una dirección estratégica de Eta. Pero hay algo más, un numantismo ilógico en la banda terrorista: si hubieran querido la independencia, nada más fácil que mantener su alianza con el PNV desde la tregua. A largo plazo podrían

haber tenido alguna posibilidad. ¿Por qué, por tanto, los salvajes son tan salvajes? Hay una explicación. Los etarras llevan treinta años de guerrilla. Han matado muchísimo, y algunos de los suyos han muerto o están presos. Éstos han alimentado una espiral de venganza tan primaria y animal como la de los hutus o los tutsis. Ganar, claro que quieren ganar. Pero no les importa no hacerlo (porque saben que no tienen ninguna posibilidad) con tal de consumir sus particulares «vendettas», hasta el infinito. Es lo más parecido a la Cosa Nostra que pueda verse.

Juan BRAVO

